

La Salud en el Mundo de Mañana

Presentado por el Dr. Abraham Horwitz, Director de la Oficina Sanitaria Panamericana, con motivo del Día Mundial de la Salud, 7 de abril de 1968.

Las urgencias de hoy nos mueven a considerar “la salud en las Américas de mañana” sólo hasta fines de este siglo y a anticipar que no será lo que la ciencia y la técnica modernas nos inducen a soñar, si no modificamos los factores que condicionan las apremiantes situaciones del presente. Y entre estos—y es tal vez uno de los más graves—está el desequilibrio entre lo que se conoce, y para lo cual hay sólida experiencia, y lo que se aplica con los recursos disponibles. El efecto es muertes y enfermedades que podrían evitarse y cuyo número es en exceso superior al que se observa en los países tecnológicamente avanzados.

Son las Américas un Continente en transición en lo que respecta a la naturaleza y la dinámica de los problemas de salud. Su distribución en las sociedades es un reflejo del grado de su desarrollo. Y entre las expresiones más trágicas está la mortalidad infantil y de los menores de cinco años, cuyas proporciones no corresponden a la tradición cultural y la riqueza espiritual de los países. Sobre 800,000 menores de cinco años fallecen anualmente en la América Latina y Región del Caribe, que vivirían si prevalecieran las tasas que hoy se registran en la América del Norte. Más grave aún, se sabe cómo evitar la enfermedad y, por sobre todo, la muerte, de la mayor parte de estos niños. Entre los sobrevivientes, los hay muchos que han crecido penosamente con avanzada malnutrición, con las consecuencias que esta tiene para su formación intelectual.

No obstante, los progresos de la salud en este siglo en las Américas son sustanciales. Lo revelan el descenso continuado de mortalidad general y específica, la disminución de las enfermedades cuarentenables, la escasa frecuencia de las grandes epidemias y la comprobación del cáncer, enfermedades cardiovasculares, accidentes y procesos derivados de la industrialización. Por eso decíamos que las Américas son un Continente en transición en lo que respecta a las circunstancias que condicionan los problemas de salud, su distribución en el medio urbano y rural, y su naturaleza y características.

Es este progreso tan marcado el que nos obliga a aplicar el conocimiento moderno para acelerar el desarrollo económico y social. Porque si así no ocurre, difícil será beneficiar a los habitantes de las sociedades de menor ingreso relativo, con lo que la investigación actual permite predecir se descubrirá en el curso de este siglo. Mientras más pronto resolvamos lo que es de mayor incidencia, modernicemos la organización y la administración de los servicios de salud y los extendamos en el medio rural, en mejores condiciones estaremos de absorber y difundir los nuevos conocimientos y técnicas, por complejos que aparezcan. Porque a medida que se penetra en la esencia de los fenómenos vitales, se perciben sus consecuencias para el bienestar. El determinar lo que ocurre en el

seno de las células por las agresiones del ambiente ha permitido—y será más frecuente en el futuro—crear métodos de prevención y tratamiento. Así se conocerá el origen de las diversas formas de cáncer que hoy identificamos y se podrán evitar, si no todas, la mayoría de ellas. Seremos capaces, asimismo, de precisar por qué aparecen y cómo evolucionan las enfermedades mentales y prevenirlas. Podremos disminuir la contaminación del aire, del agua y de los suelos, por los desechos de la industria y reducir las enfermedades que determinan. Y sólo citamos algunas de las que hoy nos preocupan. No nos atrevemos ni a enunciar, por las graves consecuencias de orden moral y político que significan, el conocimiento del código genético y la posibilidad de que algún día se puedan producir células y órganos, y transformar o transplantar los que un ser humano posee.

Lejos estamos en la América Latina de poner en práctica lo que ha dado en llamarse “la medicina moderna”, este verdadero maridaje entre la ingeniería, la biología, la energía nuclear, entre otras disciplinas, para automatizar el trabajo en los servicios de salud y atender al mayor número posible de enfermos por dichos sistemas. Este es un nuevo campo de la investigación para cuyas aplicaciones tenemos que prepararnos. Y no lo podremos hacer si no avanzamos en la solución de los graves y frecuentes problemas de hoy.

Se requiere de sostenidos esfuerzos para que los habitantes y sus comunidades participen en los programas de salud destinados esencialmente a ellos y al país. Con este propósito, no creemos que el transistor pueda sustituir al silabario, sino complementarlo. El progreso en los medios de comunicación entre personas y sociedades este siglo sobrepasa toda imaginación y hace prever lo que ocurrirá en el siguiente. No pueden, sin embargo, reemplazar a la educación como la forma de adquirir conocimientos y habilidades, pero, por sobre todo, la capacidad de formular juicios de valor sobre los hechos y sus circunstancias.

Parecen muy apropiadas estas consideraciones al celebrarse el Vigésimo Aniversario de la Organización Mundial de la Salud, la que en el breve lapso de su existencia, en relación con la transcendencia de sus responsabilidades, se ha transformado en el verdadero foro en el que los expertos del mundo intercambian generosamente sus experiencias y las entregan, por intermedio de dicha entidad, a los Gobiernos para el beneficio de los pueblos. En la medida que se ponen en evidencia los problemas de salud en los países, más importante es la labor de la Organización en este constante proceso de ofrecer las fórmulas más adecuadas para cada situación en particular y los métodos para ponerlas en práctica.

La salud en el mundo de mañana será en las Américas tanto más floreciente y rica en inventivas y en iniciativas como lo permitan las sociedades de hoy y su desarrollo.